

Ner-Itza

Hace mucho...mucho tiempo, cuando no existía vida sobre la tierra y el planeta era sólo una bola de lava líquida y caliente, el agua y el fuego permanecían unidos en un ardiente amor que consumía toda la faz de la tierra. Fundidos el uno con el otro, sin diferenciarse, corrían abriéndose paso con un ímpetu a veces descontrolado y sin contención.

Pero el amor, debía ir poco a poco tomando su lugar y para no agotarse en sí mismo necesitaba de la pluralidad, de la tensión de la diferencia. Es así como a pesar del dolor que ello suponía el fuego y el agua fueron separados. De esta manera, el agua se replegó en la superficie dejando al descubierto los continentes, y el fuego se escondió en lugares insospechados del interior de la tierra.

Sin embargo, producto de la antigua unión nació una hija hecha de los dos elementos, con características de ambos, Ner-Itza, que significa *candela que ilumina lo numinoso en el agua*.

Ner-Itza, al poseer características de sus dos progenitores, mostraba contradicciones profundas en su temperamento. Por un lado una condición fogosa, la furia y la pasión de la hoguera, pero también tenía un carácter apacible y silencioso, la quietud y la tristeza cantarina de la mar.

Todo mezclado con una veta salvaje que podía ser tanto de fuego llameante como de mar embravecida.

También en su constitución física se daba lo exquisito de la mezcla, tenía la mirada encendida, el cabello ondulado como olas marinas, la piel dorada y caliente y el corazón semejante a una gota de agua recrecida.

Ner-Itza, de mente despierta y curiosa, tenía la sensación de que su existencia no respondía al simple azar, intuía que había una razón poderosa que justificaba su presencia, pero no sabía cuál era.

Un día casi sin darse cuenta, como movida por el viento, quedó de cara al sol y el corazón le dio un brinco, le ardía como una llaga en carne viva y las lágrimas le comenzaron a salir a borbotones, como si el corazón acuoso se le saliera por los ojos encendidos, con la sensación además de que permanecer en ese estado la haría desaparecer. Nunca había experimentado sensación semejante y al principio se asustó de aquello que parecía avasallador e incontrolable. Así que cerró los ojos y contuvo el llanto.

Pero el anhelo de su alma pudo más que su temor, y cada día Ner-Itza repetía el experimento, por tiempos que se prolongaban un poco más. Se quedaba contemplando al sol hasta las lágrimas, con la inefable sensación de muerte hasta el límite de su resistencia.

Sin poder descifrar el misterio, pero con la certeza de que todo aquello tenía que ver con su razón de ser, hizo un largo viaje hasta el mar a pedirle consejo a su madre. Se plantó en la orilla y caminando lentamente comenzó a adentrarse cantando:

“ Madre...

tú que cuidas de tus hijos
escucha mi llamamiento
arrópame suave y lento
con tu manto azul marino
y dime con voz muy queda
hecha de brisa y sal
el secreto que se esconde
en mis ganas de llorar.

Que creo morir si me entrego
y si no también me muero
pues ya no tengo sosiego.
Y entre esta alegría que duele
y el dolor que me da miedo
ya no se si vivo o muero. “

Así pues, Ner-Itza quedó sumergida y como en sueños, su madre le habló en el lenguaje marino:

“Hija mía, no tengas miedo, eso que sientes se llama Amor y es la razón de tu existencia, eres fruto del Amor y por eso no puedes evitar sentirlo. Pero el Amor es más grande que tú, tiene dimensiones inimaginables y por eso no puedes controlarlo, sólo tienes la libertad de mirar como se manifiesta o cerrar los ojos. Amar implica siempre un riesgo de muerte, pide la entrega de la vida para transformarla. Así que si has de morir, muere de amor, porque si mueres amando no moriré jamás.”

Ahora lo sabía, Ner-Itza se había enamorado del sol. La sangre le corría caliente por las venas y el corazón se le prendía en candela como un fogón avivado. Como nunca antes, su padre estaba danzando en su corazón.

Esa noche no pudo dormir, pasó la noche en vela esperando la llegada del sol. Y cuando lo vio en el naciente, erguida con el pecho al cielo y los brazos extendidos, entonó un canto antiguo en el lenguaje de las sirenas, que hablaba de la lejanía del amado.

Agua y fuego unidos en su corazón, remembraban aquel amor primero del que ella había nacido. Entendió entonces el sentido de su vida y también el de su muerte y ya no tuvo miedo. La luz del corazón encendido que devela la magia del amor, hizo que un corazón acuoso fuese derretido por el fuego y liberado en lágrimas y sudor. Estos fluidos vitales convertidos en torrente fueron calentados por el sol hasta evaporarse, para que Ner-Itza pudiera subir al cielo y estar más cerca de él, y luego hecha nube se esparció en forma de lluvia por toda la tierra y penetró cada rincón, permitiendo la expansión de la vida en todo el planeta. Vida hecha de agua y de sol, en un ciclo que nunca se acaba, un ciclo de eterna transformación que es expresión de un amor infinito que va y siempre retorna.